

Escrituras sobre el fin. Notas sobre la correspondencia de Néstor Perlongher

Alicia VAGGIONE
Universidad Nacional de Córdoba

Resumen

En el año 2016, se publica en Argentina la *Correspondencia* de Néstor Perlongher, inmenso trabajo de archivo que dispone cronológicamente las cartas enviadas por el escritor desde 1976 a 1992. Los últimos años de la correspondencia reunida –conforman el material sobre el que nos detenemos en este trabajo– exponen el derrumbe de un cuerpo, al mismo tiempo que visibilizan cómo el fin de la vida corre paralelo a un proyecto de escritura que insiste en proseguirse hasta el límite mismo de la muerte.

Palabras clave: escritura, VIH/SIDA, cuerpo, precariedad, género epistolar.

Abstract

In the year 2016, the *Correspondence* of the poet Néstor Perlongher was first published. This work aims at analyzing the letters gathered from the author's last years, which allow to reconstruct not only the collapse of a sick body, but also the forces activated to continue a writing project on the edge of death. The topic of these last letters is illness.

Keywords: writing, HIV/AIDS, body, precariousness, epistolary genre.

En el año 2016, la editorial Mansalva publica en Argentina la *Correspondencia* de Néstor Perlongher. La escritora e investigadora Cecilia Palmeiro logra reunir, transcribir y anotar casi doscientas cartas que son dispuestas en la compilación siguiendo un orden cronológico desde el año 1976 hasta el 1992.

Las cartas se disponen de manera tal que los lectores asistimos, a partir de la disposición de las misivas a la composición de un relato de vida. Diversos tramos de la vida del escritor son iluminados desde el archivo –configurado aquí en torno al género epistolar–, conectados con su obra y con los acontecimientos históricos que la configuran. Sumadas a su producción literaria y a los estudios críticos que la indagan, funcionan como materiales que nos posibilitan entrever, de un nuevo modo, esa figura inmensa que es Perlongher en el campo de la producción estético, cultural y política latinoamericana.

Considerar los innumerables debates en los que participó, excede los límites de este escrito, lo que tal vez sí se pueda es construir una semblanza que trace algunos de los trayectos que elaboró a través de su escritura.

Poeta, ensayista, militante del Frente de Liberación Homosexual argentino, nació en Avellaneda –provincia de Buenos Aires– en 1949 y murió el 26 de noviembre de 1992. En 1981, terminada su carrera de Licenciatura en Sociología en la Universidad de Buenos Aires, se fue a vivir a San Pablo (Brasil) donde ingresó en la Maestría de Antropología Social en la Universidad de Campinas, de la que a partir de 1985 fue profesor.

Poeta partícipe del neobarroco¹, corriente literaria en la cual, como afirman Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria:

[...] se sentía a gusto, de la cual fue uno de sus principales animadores y cuyos contornos cincelo de manera preciosística y minuciosamente [...] siempre rechazó el uso comunicacional del lenguaje: prefería deslizarse por sus contorsiones. La sonoridad sensual del texto, la exuberancia del léxico, el indisoluble esponsal entre el argumento y el derrame poético nos sugieren la posibilidad de entender buena parte de sus escritos como un texto de operaciones lingüísticas en estado de trance. (2013: 16)

Como ensayista² desplegó una prosa certera y provocativa que se manifestó en el abordaje de una serie de temas recurrentes: “la escritura neobarroca y su genealogía, las políticas del deseo, la identidad homosexual, Evita Perón (un *leit motiv*), los posicionamientos políticos durante la Guerra de Malvinas y el ritual extático de la religión de Santo Daime” (Ferrer; Baigorria, 2013: 8).

Trazando una imagen del escritor enlazada esta vez con los contextos políticos de los países del Cono Sur, en la introducción de la *Correspondencia* Palmeiro apunta cómo:

La historia que le tocó vivir lo confrontó con tres dispositivos de disciplinamiento corporal implacables: la anacrónica moralina de las dictaduras y su penalización de toda disidencia (así como su rebote en las organizaciones de izquierda setentistas), la normalización y estabilización de la identidad gay en el contexto de las transiciones democráticas y la crisis del Sida. Contra todos ellos, su proyecto de escritura toma la lengua como arma: esa punta de lanza afilada en la poesía se convierte en lengua política. (2016: 13)

En estas notas, nos ocuparemos de ese tercer momento señalado por la crítica, el de la crisis que implicó la irrupción global del sida –afectando inicialmente a la

¹Su obra poética comprende seis libros *Austria-Hungría* (1980), *Alambres* (1987), *Hule* (1989), *Parque Lezama* (1990), *Agua áreas* (1991), *Chorro de las iluminaciones* (1992). Sus *Poemas completos* fueron publicados en 1997.

² Entre sus ensayos más destacados figuran: *La familia abandonada y sus consecuencias* (1981), *El fantasma del sida* (1988) y *La prostitución masculina* (1993). Su obra en prosa dispersa, se reúne por primera vez en *Prosa plebeya* (1998/2013) bajo el cuidado de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. En el 2004, *Papeles insumisos* bajo la edición de Adrián Cangi y Reynaldo Jiménez, continúa el impulso de reunir publicaciones diseminadas del autor: aquí –entre otros materiales– se publica por primera vez el epistolario a Sara Torres. En *Un barroco de trincheras. Cartas a Osvaldo Baigorria* (2006), se reúne otra vez un epistolario puntual –ambas correspondencias son incluidas en la compilación de Cecilia Palmeiro con la que trabajamos. *Evita vive y otras prosas* (2009) con el trabajo de edición a cargo de Adrián Cangi, son por el momento

comunidad homosexual masculina— y el de las intervenciones de Perlongher que, muy tempranamente advirtió la necesidad de actuar en el escenario de debates que la dolencia instalaba: “La emergencia del sida pone en movimiento una diversidad de articulaciones que no merecen reducirse al estrecho plano de la información médica. Se hace necesario atender a las repercusiones sociales y sexuales de este consternador problema, que atañe a las relaciones de los cuerpos y sus afectos” (Perlongher, 1988: 13).

La cita, corresponde a *El fantasma del sida*, un ensayo escrito a partir de la urgencia que tiene un valor político sustancial en el momento de su publicación —primero en Brasil (1987), luego en Argentina (1988)— en tanto actúa a contrapelo de un campo de discursos que construye a la enfermedad en clave apocalíptica —recordemos que son los años de circulación de términos como ‘peste’, ‘plaga’, ‘castigo’.

Inmerso en un contexto de inflación discursiva, Perlongher escribe con el objeto de despejar dudas, con el propósito de reunir y hacer circular la información de carácter provisorio que, en ese momento se tiene sobre una enfermedad que desata fuertes temores en la escena social. Marcada por una intención de algún modo pedagógica, la palabra ensayística intenta traducir a los lectores la cripticidad del lenguaje médico. Paso a paso explica los términos que se reúnen en torno a la sigla SIDA para aclarar sus sentidos, diagramar las formas posibles del contagio, establecer la característica de los síntomas, entre otras cuestiones similares.

El ensayo avanza un poco más para advertir que “la medicina es la gran protagonista de la crisis del SIDA [...] como parte de un programa global de ‘medicalización’ de la vida, la medicina confisca y se apropia de la muerte, proveyendo respuestas tecnocráticas a miedos ancestrales y vendiendo sutilmente cierta ilusión de inmortalidad” (Perlongher, 1988: 84). En medio de la crisis desatada por la emergencia de la enfermedad, Perlongher advierte sobre la preeminencia de un ideal de salud como imaginario central de nuestra época. La fuerza que irradia este ideal, en una alianza sin precedentes entre las tecnologías médicas y sus formas de intervención —que desde la escritura del ensayo hasta acá no ha dejado de incrementarse— se despliega de múltiples maneras e instaura y acentúa la posibilidad de prolongación de la vida. En este punto, la duración y extensión de la vida aparece como un bien o un valor que no admite cuestionamientos. La intervención de Perlongher, apunta a subrayar una forma de proceder de la medicina centrada en un esquema lineal que privilegia la extensión de la vida en pos de su calidad o intensidad:

Envueltos en una red de encuentros sociales, los cuerpos producen intensidades [...]. La perspectiva médica suele no tener en cuenta esos laberintos del deseo: básase, por el contrario, en un esquema más lineal. La vida no sería tomada, desde el punto de vista de la medicalización, en su sentido intensivo, sino solo en su sentido extensivo. Menos importaría la riqueza o la calidad de experiencia de vida que la frialdad estadística de años alcanzada por un individuo. (Perlongher, 1988: 95)

El título del ensayo centrado en torno al término “fantasma”, ese fantasma que funciona como figura de amenaza y asedio —y que hoy sabemos se cobró las vidas de toda una comunidad— se encarna, por decirlo de algún modo en el cuerpo del escritor.

Los últimos años de la correspondencia –que conforman el material sobre el que nos detenemos en este trabajo– exponen el derrumbe de un cuerpo al mismo tiempo que visibilizan –de modo semejante a otros escritores afectados por la dolencia en ese tiempo de singular potencia mortífera de la epidemia³– cómo el fin de la vida corre paralelo a un proyecto de escritura que no cesa e insiste en proseguirse hasta el límite mismo de la muerte.

Si en la correspondencia –y teniendo en cuenta el modo de su organización y disposición– se produce como efecto un relato de vida, también se deja leer un relato del fin. Una fecha puntual marca el punto de inflexión, la del 16 de febrero de 1990 en la que en una carta dirigida a su amiga Sara Torres, el escritor cuenta el resultado positivo de un test de VIH. De ahí en más, las cartas estarán atravesadas por un relato de y sobre la enfermedad en el que se pueden indagar una serie de cuestiones: ciertos tránsitos de la experiencia de enfermedad que ponen en primer plano un cuerpo sufriente, reflexiones sobre los tratamientos en esa época aciaga que ponen en tensión el paradigma de la medicina tradicional en simultaneidad con otras prácticas que tienden hacia la experimentación y el éxtasis, una serie de cuestiones perceptibles en torno a la circulación y cierre de su obra.

REDES DE CORRESPONDENCIA

Somos como títeres, nos mantenemos precariamente flotando en los tablados sostenidos por hilos de afectos de las personas que nos quieren, nos falta el hilo amoroso y nos venimos abajo en un trastabillar de maderitas. Como maderitas también boyamos en un río turbulento cuyo destino se nos escapa.
(Néstor Perlongher, “Carta a Beba”)

En el final de una de las cartas dirigida a Beba Eguía, a modo de cierre y para dejar abierta una comunicación tendiente a organizar un posible encuentro, Perlongher escribe: “De todos modos, nos correspondemos antes, sí⁴” (2016: 140). El pasaje del sustantivo al verbo –de la correspondencia al nos correspondemos– nos da una clave para leer estas escrituras como el espacio donde se juega una reciprocidad e intensidad afectiva común.

Las cartas tienden puentes hacia los amigos que operan como escuchas y sostenes de lo vital en un tiempo en el que la existencia se revela inexorablemente precaria y cernida o cercada por una serie de amenazas múltiples. La enfermedad en primer lugar, pero también la soledad, la incertidumbre económica y cierta desolación ante la experiencia en el extranjero.

³ En otros escritores afectados como Reinaldo Arenas (*Antes que anochezca*) y Severo Sarduy (*Pájaros de la playa*, *El Cristo de la rue Jacob*, *Diario de la peste*, entre otros) que también escriben en clave barroca, se deja leer en sus últimos trabajos el cierre de un proyecto de escritura ante la inminencia de la muerte próxima. Trabajé estas intervenciones en *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina* (2012).

⁴ Todas las referencias a las cartas corresponden a Perlongher (2016). Al citarlas, solo consignamos el número de página correspondiente, en algunos casos también se incluye la fecha de su escritura.

Convertirnos en lectores de estas cartas supone entrar en un espacio de proximidad e intimidad en el que los correos van y vienen entre un número bastante acotado de nombres propios: Sara Torres, Beba Eguía, Tamara Kamenszain, Christian Ferrer, Roberto Echavarren por mencionar los que aparecen más recurrentemente.

A medida que avanzamos en la lectura, hay una serie de sucesos biográficos ocurridos entre los años 1990 y 1992 que se repiten: una estancia infructuosa en París para dar curso a los estudios de doctorado, un deseo imperioso por volver a Brasil estando en Francia, una necesidad urgente por saber lo que sucede en Buenos Aires, lo que se lee y escribe allí.

El epistolario construye un relato también de los distintos espacios que Perlongher habita en el final de su vida, la gran desolación que le produce París⁵ y su nostalgia de los amigos argentinos estando en San Pablo.

La mayoría de las cartas están firmadas como Rose, la Rosa, la tía Rosa, “N”, “la otra” o Néstor⁶.

La circulación ocurre en una época pre-internet que diagrama otro tiempo en el que las velocidades son otras. Las misivas demoran en llegar o se pierden en el camino —muchas veces el mejor emisario es el circunstancial visitante que traslada el correo puerta a puerta. Una época y un modo de circulación de la que el epistolario estaría dando las ‘últimas noticias de (un tipo) de escritura’ para usar una expresión próxima a la del título de un ensayo del escritor Sergio Chejfec⁷.

Algunas veces, en las cartas, aparecen sutiles referencias a la escritura, bajo la forma de un incidente —“En uno de mis bajones arruiné (“sin querer”) mi máquina de escribir con lo cual siento que he vuelto a una artesanía lisiada” (Perlongher, 2016: 136)—, o como pequeña epifanía —“Gracias a todas las divinidades del éter he conseguido erguirme, aunque precariamente y llegarme a esta maquinilla que las yemas extrañaban. Una verdadera emoción” (Perlongher, 2016: 149).

DIARIO DE LA ENFERMEDAD

Si dejamos de lado, por un momento quien es el receptor singular de cada envío y nos atenemos al espacio de la repetición —que es siempre diferencial— podemos leer el

⁵ En la carta del 16 de febrero de 1990, en la que le comunica a Sara Torres (“Sara del alma”/“Divina hermana”) su enfermedad y le pide que no haga circular todavía la noticia, Perlongher cuenta el desánimo que le produce París: “Nena, en mi caso, el choque con París ha sido violentísimo, entré en una depresión inmediata y ahí me atacó el virus que probablemente ya estaba latente. No puedo especular mucho, pues mi cabeza es un caos. Al mismo tiempo estoy pasando por una transformación total gracias al Daime. El problema es que hay tanto por cambiar que parece imposible...” (Perlongher, 2016: 131).

⁶ Javier Gasparri lee en ese gesto escritural una huella de lo que para Perlongher es el “chiste por la identidad (en este caso, bajo la forma de un imposible nombre propio único)” (2017: 117).

⁷ En diversas entrevistas, Perlongher dice que siempre escribió a máquina. Pero en algunas de las cartas, ya cuenta que comienza a usar un ordenador. Palmeiro afirma que: “a partir de 1989, cuando descubre que es portador de HIV, las cartas cambian totalmente el tono y los tópicos e invitan a ser leídas en relación con un género de la época: las crónicas del Sida. Ese momento resulta clave para la correspondencia, ya que desde entonces Perlongher comienza a guardar copias de sus cartas (facilitado por la popularización de la PC y las impresoras) y a archivarlas como parte de su obra” (2016: 13)

registro de un cuerpo enfermo que se inscribe en una temporalidad en la que lo cotidiano se ve cercenado por la dolencia. En los intersticios o en las fronteras imprecisas de esos géneros que llamamos íntimos⁸, podríamos leer en las cartas una especie de diario de la enfermedad en la medida en que nos encontramos frente a una clase de notaciones en las que se registra minuciosamente el estado del cuerpo.

Un cuerpo aquí, atravesado por un intenso cansancio y vulnerable a una serie de enfermedades que no cesan de presentarse. Desde esta óptica, en la correspondencia se dejaría leer un registro –casi diario– de la experiencia de la enfermedad que anota el estado y los vaivenes de un cuerpo, cada una de las enfermedades oportunistas que lo asedian, las mejorías y recaídas, las entradas y salidas del hospital, las innumerables consultas y búsquedas que dan cuenta del estado de desconcierto y las imprecisiones del saber médico para comprender la enfermedad.

Las cartas también señalan la tensión, entre las prescripciones de la medicina tradicional y otras búsquedas posibles de intensificación vital que se abren a una dimensión mística o religiosa y que se revelan potentes en sus dos últimos poemarios *Aguar aéreas* (1991) y *Chorro de las iluminaciones* (1992).

Una frase impacta en la lectura, Perlongher la trae de sus lecturas de Michel Foucault: “la medicina carece de exterior”. Un orden de lo paradójico se instala aquí, como si de alguna manera conocer el dispositivo médico y sus formas de captura⁹ – Perlongher lo advierte en su ensayo-no fuera suficiente para quedar atrapado en sus redes: “Tomo como 30 comprimidos diarios, además de poderosas inyecciones endovenosas que me insumen tres mañanas por semana. Con ese ritmo, sumadas las visitas médicas y hospitalares, los constantes análisis [...] no queda nada por fuera de la máquina médica” (Perlongher, 2016: 232).

En el relato que leemos y ante la presencia de cada enfermedad oportunista que aparece, se cuenta la experiencia de esas que, hoy sabemos fueron las primeras drogas infructuosas para detener la enfermedad. Perlongher da cuenta de los efectos sobre el propio cuerpo y de los costos económicos que suponía su consumo mediado por la dificultad en el acceso. Capturado por unos tratamientos que someten su cuerpo y lo desgastan, una serie de afirmaciones se suceden: “A mí este esquema de sobremedicación me intranquiliza” o “estoy tomando unos antibióticos que sumados al AZT me transforman en una verdadera creación química” (2016: 145). Las cartas también dejan leer las búsquedas de las drogas y los pedidos a los amigos que residían en Estados Unidos: “Necesito comprar un medicamento experimental llamado DDC [...] podrías llamar a una organización llamada PWA” (Perlongher, 2016: 208).

⁸ Seguimos aquí la distinción propuesta por Silvia Tabachnik quien bajo la categoría de “escrituras íntimas”, “escrituras del yo” o “escrituras de sí” considera un conjunto de géneros –soliloquios, confesiones, diarios, crónicas, autoficción, entre otros– que se caracterizan “por su connaturalidad con un tipo particular de escritura que compromete la subjetividad” (2012: 119).

⁹ “Otra de las consecuencias de toda esta situación [...] es que ahora que me veo en la proximidad de la enfermedad, me cuestiono todo lo que pensaba y escribía y me aferro a la religión del Santo Daime como única salvación” (Carta a Sara, del 16 de febrero de 1990, Perlongher, 2016: 132).

En el lapso de los aproximadamente dos años, en los que la enfermedad rige la correspondencia se alternan períodos de pesadumbre con momentos más leves, pausas y pequeñas mejorías. Cierta tránsito por algunos espacios que se revelan luminosos; un viaje a Italia en compañía de Luizmar –compañero del que luego se distancia– algunos paseos que lo alejan de las grandes ciudades de Brasil, más un periplo de una semana a Nueva York en el que participa de un encuentro de poetas.

Cuando la enfermedad da una tregua, el entusiasmo vuelve: “ando bastante bien, escribiendo mucho, alternado períodos de exaltación y lapsos de somnolencia batracial” (Perlongher, 2016: 165).

La inminencia de la muerte próxima deja leer en el epistolario, una preocupación por la circulación, publicación y traducción de su obra. En varios momentos, solicita a los amigos –sobre todo a los de Buenos Aires– que le envíen ejemplares de las revistas y libros que se han publicado con su autorización. María Moreno, lee esta inquietud en términos de una gestión, en clave de urgencia “de quien sabe que pronto vivirá solamente en sus textos”.

LÍNEAS DE FUGA

Lector de Deleuze y Guattari, Perlongher se apropia del concepto de devenir. El devenir en tanto proceso fluctuante y no estable, es una clave conceptual que atraviesa de punta a punta su programa estético-político. Capturado –como leíamos antes– por un aparato médico que no deja resquicio y en tensión con esas fuerzas, Perlongher imagina e inventa formas de huida. La correspondencia deja leer algunas aperturas posibles que, como líneas de fuga traman otros recorridos y producen otras conexiones vitales en ese tiempo previo a la partida.

Una singular búsqueda de la intensidad lo incita a explorar formas alternativas: “mañana iré al Santo Daime. Tengo esperanzas de cura” (Perlongher, 2016: 153). La participación en las prácticas del Santo Daime, religión pagana de origen amazónico con la que Perlongher se conecta un poco antes de estar enfermo, se intensifica en los tramos finales de su vida. Se trata de transitar una experiencia de salida de sí que opera, nos parece, como línea de fuga en la experiencia de un cuerpo devastado por la enfermedad.

En “Antropología del éxtasis” –un texto resultado de la transcripción del curso que dictó en 1991 durante su último viaje a Buenos Aires– se define al éxtasis de diferentes formas.

Éxtasis: no contentarse con ser lo que se es. Éxtasis: literalmente, salir de sí. Dislocar, llevar hacia fuera, modificar alguna cosa o estado de cosas. También tiene el sentido de retirarse, apartarse, abandonar, dejar, ceder, renunciar, separar. La palabra éxtasis indica desplazamiento, cambio, desviación, alienación, turbación, delirio, estupor, excitación provocada por bebidas embriagantes”. (Perlongher, 2013: 191)

La droga utilizada para cambiar de estado es la ayahuasca, cuyo consumo se encuentra ritualizado. Las visiones extáticas que produce son acompañadas por himnos entonados colectivamente. Los poemas reunidos en *Aguas áreas* se inspiran en la

experiencia del Santo Daime, el libro se abre además con un epígrafe de Santa Teresa de Jesús. La experiencia de salida de sí con los relieves que adquiere –entre ellos el místico– aparece como una apertura posible, una forma de experimentar la intensidad vital en simultaneidad con unas fuerzas vitales que decrecen.

Las cartas también puntúan, comentan, ciertos momentos de escritura de los poemas reunidos en *Chorreode las iluminaciones*, su último libro.

En uno de esos poemas, se resalta la figura del padre Mario Panteleo (un cura católico considerado sanador a quien Perlongher visita). Nos interesa detenernos en esta anécdota de vida para esbozar una experiencia que alcanza distintas formas de expresión en las cartas, en el poema y en los relatos de los comentarios críticos sobre su vida y obra.

Es su amiga Beba Eguía la que lo acompaña en la visita. Visita que también implica un regreso al lugar de la infancia, que abre en estos relatos del fin una temporalidad superpuesta y conectada a los tiempos de una vida. El viaje a González Catán para asistir a la sanación, implica recorrer el Gran Buenos Aires y adentrarse en los suburbios de provincia, acercarse a esa geografía donde sucedió la infancia y que fue también motivo de escritura.

Es María Moreno, cronista, crítica y también amiga personal de Perlongher, quien en una nota periodística, en la que comenta la aparición de la *Correspondencia*, convoca la voz de Beba Eguía para referir la anécdota¹⁰:

El viaje fue infinito. Creo que salimos de noche para llegar temprano a la fundación donde atendía el padre Mario para evitar la cola que solía ser inmensa. Cristo caminante queda en González Catán. Fuimos en el taxi del padre de Néstor, un auto con el chasis vencido. No podíamos mirar por las ventanillas porque íbamos como hundidos y Néstor, que se llevaba mal con el padre, iba peleando con él y, a cada rato, como si fuera el estribillo de un poema decía “¡Qué cosa, pero qué cosa!”. El padre Mario en esa época estaba muy viejito. Permanecía sentado en lugar de ir pasando entre los fieles bendiciéndolos con la mano. Ahora eran ellos quienes iban pasando lentamente y él los bendecía sin levantar la cabeza. Cuando le tocó, Néstor estaba muerto de miedo. Entonces el padre levantó la cabeza. Se paró con mucha dificultad y comenzó a caminar a su alrededor, como a rodearlo. No lo tocaba, iba acercándole las manos a distintas partes del cuerpo y haciéndole preguntas que yo no oía. Luego Néstor me contó que le dijo que tenía que ir todas las semanas. Él le contestó “pero es que no vivo aquí, vivo en Brasil”. Y el padre que era muy malhumorado, hizo un gesto brusco como de “¿Entonces qué puedo hacer?”. Cuando Néstor Perlongher volvió a Río, todavía ‘sentía’ lo que el padre Mario había dejado en él; fuera lo que fuera estaba mejor pero poco a poco perdió la energía de esa bendición heterodoxa y ya lejana en el tiempo.

Ya en Brasil, en algunas cartas dirigidas a Beba, Perlongher no dejará de implorar, solicitar, rogar que actúe como mediadora: “Por favor, pedí por mí en tus peregrinaciones al milagrero Padre MARIO. Te lo agradezco de alma” (Perlongher, 2016: 153); “Gracias por haber ido a ver al santo Padre Mario. Los milagros comienzan

¹⁰ Nos permitimos introducir aquí, refiriendo la nota de Moreno la inclusión de otra voz. Como lectores de la *Correspondencia* entrevemos la figura de los destinatarios a través de la palabra del poeta. Aquí la perspectiva cambia, es la amiga la que nos devuelve una imagen del escritor.

a acaecer como lluvia de maná. [...] tenía que extraerme un ganglio inflamado para examen. Hete aquí que el increíble baño de energía y fuerza del Padre llegó y el cirujano desolóse con el espectáculo vacío de los ganglios desinflamados: sacarlos no pudo que la divinidad se los había llevado” (160).

Sostenido por la euforia y el deseo de cura, Perlongher le cuenta a la amiga cómo fue el proceso de escritura del poema:

[...] estoy tan excitado que casi no duermo, no hay té calmante que me calme. En esos accesos de trance ahogado en llanto escribí un larguísimo poema al Padre Mario titulado “Alabanza y exaltación del Padre Mario”, creo que no recuerdo haberme sentido tan en éxtasis. (Perlongher, 2016: 160)

“Alabanza y exaltación del Padre Mario” es un poema con un estribillo que se replica (“Oh, Padre”) y en el que en cada estrofa se suma un verbo en imperativo: “únzanos”, “traíganos”, “calme”, “cúrenos”, “párenos”, “mándenos”, “envíenos”, “háganos”, “vuélvanos”, “sálvenos”, “acarícienos”, “alúmbrenos”, “ayúdenos”, “cúrenos”... “Padre, denos la luz” (Perlongher, 1997: 331-ss.)

Para Tamara Kamenszain los poemas de Perlongher con sus estribillos son cantos no cuentos: “El poeta mismo se hace cargo de esta sutil diferenciación: hay quienes cantan y quienes cuentan/el cuento implica una moral, para el que escucha, el canto implica divinidades” (1995: 368).

Hay un tiempo que la enfermedad mortal propicia, es el de arreglar y de algún modo acomodar la partida. Como muchos escritores afectados por la dolencia, Perlongher construye un decir propio, singularísimo con el saber del que se está muriendo. Ese saber, ilumina y conmueve en sus últimos poemarios, atraviesa sus búsquedas y experiencias místicas y de éxtasis como un modo de salir de sí, se desparrama y disemina en las múltiples historias narradas y en las peticiones a sus amigos en las cartas (que lo acompañen, lo esperen, lo reciban, lo ayuden, lo lean, lo comenten).

En el prólogo a la edición en español de *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos* de Roland Barthes, el escritor Alan Pauls se refiere a un texto que Francois Walh le dedica al maestro luego de su muerte. Se titula “Los amigos” y comienza con un haiku que Barthes utilizó como epígrafe en uno de sus libros: “Es de noche, en otoño. Pienso solo en los amigos”. Pauls, apunta: “Institución esencialmente negativa, la sociedad de amigos es modesta y se define por todo lo que deja afuera: es el grupo sin la presión, la reciprocidad sin el chantaje, el reconocimiento sin la imagen, el amor sin la histeria” (Pauls, 2005: 16).

Las cartas que recorrimos en esta lectura, trazan particulares redes de afectos. El epistolario que se inicia en 1976, se desarrolla durante toda la vida del escritor, y hacia el final parece adquirir el carácter de una red envolvente, en la que Perlongher se sostiene y afirma sus búsquedas y deseos. Un espacio que le brinda protección y gracia, en un momento en que la enfermedad arrecia y acentúa brutalmente lo precario de la existencia.

Los ecos de esa reciprocidad que las cartas dejan entrever –su fuerza– siguieron replicándose –nos parece– luego de la muerte del escritor. Son los amigos –también

escritores, profesores y/o críticos— los que en las compilaciones de sus escritos, en los prólogos y ensayos sobre su obra, contribuyeron y facilitaron el acceso (reuniendo textos dispersos) a una nueva generación de lectores, de los escritos y las intervenciones estético-políticas de Perlongher fundamentales en el campo de los estudios latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

- CHEJFEC, Sergio (2016): *Últimas noticias de la escritura*, Buenos Aires: Entropía.
- FERRER, Chistian; BAIGORRIA, Osvaldo (2013): “Perlongher prosaico”, en *Prosa plebeya. Ensayos de Néstor Perlongher*, Buenos Aires: Excursiones.
- GASPARRI, Javier (2017): *Néstor Perlongher. Por una política sexual*, Rosario: Facultad de Humanidades y Artes.
- KAMENSZAIN, Tamara (1995): “Epílogo. El canto del cisne”, en Perlongher, Néstor: *Poemas completos*, Buenos Aires: Seix Barral.
- MORENO, María (2016): “Rosa de lejos”, *Soy*, suplemento de *Página/12*, 15 de julio.
- PALMEIRO, Cecilia (2011): *Desbunde y felicidad. De la Cartonera a Perlongher*, Buenos Aires: Título.
- PERLONGHER, Néstor (1988): *El fantasma del sida*, Buenos Aires: Punto Sur.
- PERLONGHER, Néstor (1997): “Chorro de las iluminaciones”, en *Poemas Completos*, Buenos Aires: Seix Barral.
- PERLONGHER, Néstor (2013): “Antropología del éxtasis”, en *Prosa plebeya. Ensayos de Néstor Perlongher*, Buenos Aires: Excursiones.
- PERLONGHER, Néstor (2016): *Correspondencia*, Buenos Aires: Mansalva.
- PAULS, Alan (2005): “Prefacio a la edición en español”, en Barthes, Roland: *Cómo vivir juntos. Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*, Barcelona: Siglo XXI.
- TABACHNIK, Silvia (2012): *Lenguaje y juegos de escritura en la red. Una incursión por las comunidades virtuales*, México: Universidad Autónoma de México.
- VAGGIONE, Alicia (2012): *Literatura/enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.